

Todos los caminos

Premio Valle-Inclán 2008

Juan Pablo Heras

juanpabloheras@hotmail.com

TODOS LOS CAMINOS

TRAGEDIA EPISTOLAR

DRAMATIS PERSONAE

ELLA, en torno a los 30 años.

ÉL, en torno a los 50 años.

La acción en Roma, a principios del siglo XXI.

La acción se distribuye en dos tipos de cuadros, introducidos por las palabras “ahora” y “antes”.

Los cuadros introducidos con la palabra “ahora” se sitúan en el presente de los personajes y se desarrollan en el interior de la casa de ÉL, un espacio vacío ocupado sólo por dos sillas.

Los cuadros de “antes” se desarrollan a lo largo de los años, días y minutos inmediatamente anteriores. Los espacios son diversos: algunas veces indefinidos, otras en las cercanías del Coliseo o en el interior del Foro Romano. Las descripciones verbales proyectadas sobre el escenario vacío son suficientes, pero la representación del espacio puede completarse con proyecciones o elementos materiales.

¿Es que hacemos las cosas sólo para recordarlas? ¿Es que vivimos sólo para tener memoria de nuestra vida? Porque sucede que hasta la esperanza es memoria y que el deseo es el recuerdo de lo que ha de venir.

Jaime Sabines, *Poemas en prosa*.

Todo hombre necesita tener un público; nuestros antepasados sentían que los dioses estaban vigilándolos; nuestros padres vivían para ser admirados por los hombres. Para César no hay dioses y le es indiferente la opinión de sus hombres, sus prójimos. Vive para la opinión de los que han de venir tras de él. Sus biógrafos, Cornelio, sois su público. Sois el resorte principal de su vida. César está intentando vivir un gran libro; pero no es lo bastante artista para ver que el vivir y la composición literaria no pueden proporcionarse analogías mutuamente.

Thornton Wilder, *Los Idus de Marzo* (Traducción de María Lejárraga.)

Uno. Ahora.

(Un hombre y una mujer, sentados, frente a frente. Hace frío, pero sus abrigos cuelgan de las sillas. Silencio. Se miran.)

ELLA: Yo también quiero morir.

(Silencio.)

ÉL: Te propongo un juego. Sólo puede ganar uno y no hay posibilidad de empate. Antes de que haya amanecido, uno de los dos habrá muerto. Y el que quede en pie dedicará el resto de su vida a contar al mundo quién fue el otro.

(ELLA sonrío.)

(Oscuro.)

Dos. Antes.

(ELLA, de frente. Lleva una carpeta en la mano e imparte sus explicaciones a un grupo de turistas visible sólo por sus gestos, a excepción de ÉL, que se muestra más interesado en ELLA que en las ruinas. ELLA se muestra fría pero convencida de lo que dice, al menos lo justo para imponerse, levemente, sobre un implacable aire de rutina.)

ELLA: Estos son los escasos restos que conservamos del Templo del Divo Julio, hecho construir por orden de Octavio Augusto. Por primera vez en la historia de Roma, se diviniza a un hombre. En otras palabras, por primera vez, el dios al que se dedica un templo no es una recóndita presencia en los cielos; no es un ente sobrenatural que tome forma de trueno, de planeta o de constelación, sino un ser humano. Un ser humano al que la mayoría de los romanos de esa generación han visto caminar sobre la tierra. Sobre esta misma tierra que hoy pisamos. Ese hombre era Julio César, y este altar, del que tan poco se conserva, recuerda que aquí estuvo la pira funeraria en la que ardió su cuerpo tras ser asesinado. Cuentan las crónicas que las autoridades de Roma llevaron aquí, al centro del foro, el cadáver de César. Y que mientras discutían sobre cuál era el lugar más digno en el que incinerar su cadáver, dos desconocidos se aproximaron a su cuerpo y le prendieron fuego. De inmediato, todo el pueblo llegó aquí con leña, muebles, vestidos, y todo aquello que pudieran quemar en su honor. Y algunos de ellos prendieron antorchas en el fuego y se dirigieron con ellas a las casas de los asesinos. Muchos otros velaron la pira funeraria durante varias noches consecutivas. El fuego se apagó, pero todavía hoy, como pueden comprobar, alguien sigue dejando flores en su memoria. No se detengan mucho tiempo porque el espacio es estrecho y no caben más de dos personas a la vez. ¿Alguna pregunta?

(ÉL levanta la mano. ELLA le ve, pero le ignora.)

¿Alguna pregunta?

(ÉL sigue insistiendo, pero ELLA espera y deja pasar un poco de silencio.)

¿Alguna pregunta? ¿No?

(ÉL insiste hasta que ELLA le dirige una mirada que apenas disimula un cierto fastidio.)

Perdone. No le había visto. Dígame.

ÉL: ¿Quién deja las flores?

ELLA: No lo sé.

ÉL: ¿Quién mató a Julio César?

ELLA: Es una larga historia.

ÉL: ¿Quién mató a Julio César?

ELLA: Es una larga historia que todos conocemos.

ÉL: ¿Quién lo mató?

(Silencio.)

Por favor.

ELLA: Fue una conspiración que tuvo como cabecilla, entre otros, a Bruto, que para algunos era hijo del propio César. Los motivos de Bruto son discutidos aún por los historiadores. Para unos, César era un paladín del pueblo que amenazaba los privilegios de la aristocracia. Para otros, un tirano sin escrúpulos que ponía en peligro la supervivencia de la República. Pero no quiero aburrirles con disquisiciones de especialistas.

ÉL: ¿Cómo pudo alguien tan poderoso caer en una trampa así?

ELLA: Nadie está a salvo.

ÉL: ¿Cómo pudieron matar a César?

ELLA: Es largo de explicar.

ÉL: ¿Cómo lo consiguieron?

ELLA: Es un asunto complejo...

ÉL: ¿Cómo se puede matar a un dios?

ELLA: *(Suspira, con un aire entre derrotado y condescendiente. ÉL mueve lentamente los labios, como repitiendo para su interior unas palabras que ya conoce y que coinciden exactamente con lo que ELLA dice.)* Algunos cronistas de la época sugieren que Julio César vivía lleno de zozobra los últimos años de su vida, asediado por las emboscadas que constantemente tendían a su alrededor. Quizá ya no podía abrazar a nadie sin temor a ser acuchillado por la espalda, quizá ya no podía cerrar los ojos con la certeza de volver a abrirlos. Y esos cronistas piensan que por eso decidió licenciar a su escolta de soldados hispanos. Para permitir así que cualquiera de sus muchos enemigos acabara con su vida. Porque César tenía algo muy claro: aquel que se atreviera a asesinarlo moriría abrasado en la oscuridad del olvido por el mismo fuego que a él le daría la eternidad.

(ÉL aplaude.)

ÉL: Es una historia muy bonita.

ELLA: Es sólo una teoría. Es llamativa, pero no tiene mucho sentido. Ahora síganme. Debemos continuar el recorrido.

(Oscuro.)

Tres. Antes.

(Aparece ÉL. Con la habilidad que sólo pueden dar muchos años de práctica, se viste velozmente con un disfraz de emperador romano, no muy conseguido y bastante desgastado: una túnica blanca cubierta con un manto rojizo atiborrado de grecas doradas. Unos anacrónicos calcetines agujereados se asoman entre las tiras de sus sandalias. Se mueve afectadamente, y al tiempo que se arroja la dignidad de la toga, solicita la atención de los paseantes.)

ÉL: *(En un inglés macarrónico, con soniquete de cantinela.)* Hello, photo, hello, photo, hello, photo...

(Se para. Alguien le está mirando. ÉL le indica con gestos que se acerque.)

¿Photo?

(Los focos simulan el flash de varios disparos fotográficos, a los que ÉL responde con poses sucesivas: saludo imperial, pulgar señalando hacia abajo y otros estereotipos de la gestualidad romana. Los disparos cesan, y ÉL cambia su gesto. Ofrece la mano con la palma hacia arriba. Serio.)

Dale al César lo que es del César.

(Un sencillo truco de prestidigitación hace aparecer una moneda en su mano. La levanta en el aire. Es pequeña, demasiado pequeña. Vuelve a dirigirse a su interlocutor invisible.)

Déjame que te diga una cosa. No, no te voy a hacer nada. Escúchame y te dejaré ir. Yo hago revivir el pasado, ¿me comprendes? La historia. Yo hago revivir la historia. Porque el César estuvo aquí, ¿comprendes? Sobre esta misma tierra que hoy pisamos pisó Julio César. Julio César, ¿comprendes? Y me haces una foto porque quieres sentir que has estado en Roma la antigua, en Roma la Grande; porque quieres hacerte una foto con Julio César. ¿Me equivoco? ¿Eh? ¿Me equivoco?

(Cada vez más agresivo.)

Responde a mi pregunta. ¿Me equivoco? ¿Eh?

(Arroja la moneda al suelo.)

Esta mierda te la puedes quedar. Para ti. No la quiero. No la necesito. El César no la necesita. Roma no la necesita. ¿Eh? ¿Me comprendes? No, no te vayas... No...

(El turista se ha marchado, y ÉL no ha hecho ningún esfuerzo por perseguirle. Vuelve a sus movimientos anteriores, hasta que se percata de que la moneda sigue en el suelo. Con mucho disimulo la coge del suelo y la guarda.)

ÉL: Hello, photo, hello, photo...

(Osuro.)

Cuatro. Antes.

(ELLA en escena. Mira hacia los lados, como asegurándose de que nadie la está mirando. Levanta la mano, apretada en un puño que deshace poco a poco. Deja ver unas pastillas.)

ELLA: ¿Puedo fiarme de ti?

(...)

Esto es muy distinto. No es lo de otras veces, claro que no.

(...)

Más vale que no me estés engañando.

(...)

No es asunto tuyo. Y no acepto lecciones morales. Tú mejor que nadie deberías saberlo. Si un cliente te pide estas pastillas, es precisamente por eso. Porque no quiere dar explicaciones a nadie. O, más bien, porque siente que ha llegado ya a ese momento en el que las explicaciones no sirven para nada.

(...)

No digas tonterías. No hago esto por llamar la atención. Ya no soy una niña.

(...)

Debería decirte que lo siento.

(...)

Sí, que lo siento. Porque, tanto si estas funcionan como si no, vas a perder una clienta.

(Oscuro.)

Cinco. Ahora.

(De nuevo los dos sentados, frente a frente.)

ELLA: Tengo sed.

ÉL: No tengo nada.

ELLA: Podemos bajar a...

ÉL: Está todo cerrado a estas horas.

ELLA: Conozco un sitio...

ÉL: Te vi. El otro día.

ELLA: ¿Cuándo?

ÉL: Cuando compraste las pastillas.

ELLA: Ya lo sabía.

ÉL: No me gusta que te muevas por esos barrios, mi niña.

ELLA: ¿Y eso?

ÉL: Te protejo.

ELLA: Me persigues.

ÉL: Te persigo para protegerte.

ELLA: ¿Tengo que darte las gracias?

ÉL: Es un barrio peligroso.

ELLA: Es el barrio que tú más frecuentas.

ÉL: Por eso. Lo conozco bien.

ELLA: No eres quién para decirme...

ÉL: Y no debes fiarte de ese hombre.

ELLA: ¿Lo conoces?

ÉL: Te podría haber hecho cualquier cosa.

ELLA: Pero no lo hizo.

ÉL: Porque sabía que yo estaba allí, para protegerte. Me conoce. Y yo lo conozco bien, sé quién es y sé lo que vende. Y no me gusta.

ELLA: Hace bien su trabajo.

ÉL: Exacto.

(Pausa.)

ELLA: ¿Cuánto tiempo nos queda?

ÉL: Una hora.

ELLA: ¿Sólo?

ÉL: Es suficiente.

ELLA: ¿Estás seguro?

ÉL: Me han informado bien.

ELLA: Yo puedo esperar.

ÉL: Yo no. Ellos estarán aquí en una hora.

ELLA: ¿Te vas a quedar a esperarlos, aquí sentado?

ÉL: Depende de lo que decidamos esta noche.

ELLA: Podrías irte. Ahora. Podrías esconderte.

ÉL: Podría. Pero no quiero hacerlo.

ELLA: Una hora.

ÉL: Una hora.

ELLA: Me gustaría parar el tiempo.

ÉL: Puedes hacerlo.

ELLA: ¿Puedo?

ÉL: Lo haces todos los días. Cuando guías a los turistas. Le das la vuelta a los siglos y haces revivir la historia.

ELLA: Vete a la mierda.

ÉL: ¿No te gustan los elogios?

ELLA: Quiero que me expliques las reglas del juego. Y quiero empezar ya.

(Silencio. Se observan el uno al otro.)

ÉL: Cada jugador debe convencer al otro de que debe seguir vivo.

ELLA: ¿Quién gana?

ÉL: Gano yo, si consigo convencerte de que debes vivir y dejar que yo muera. Ganas tú, si consigues convencerme de que debes morir y dejar que yo viva. ¿Me explico?

ELLA: *(Pausa.)* Sí.

ÉL: ¿Aceptas las normas?

ELLA: Las acepto.

ÉL: ¿Te comprometes a cumplirlas pase lo que pase?

ELLA: Me comprometo. ¿Y tú?

ÉL: Hasta el final.

(ÉL se levanta y le ofrece la mano. ELLA titubea, pero finalmente se la estrecha. El contacto es breve, aunque ÉL pretende alargarlo. ELLA suelta la mano y vuelve primero a su asiento. ÉL hace lo mismo. Los dos vuelven a estar sentados.)

ELLA: Empecemos.

ÉL: ¿Por qué tienes tanta prisa?

ELLA: Porque no quiero que mueras.

ÉL: ¿Lo dices en serio? Me voy a emocionar.

(Pausa. Se miran.)

ELLA: ¿Cómo lo haces?

ÉL: ¿Cómo hago qué?

ELLA: Que parezca que yo sea la débil.

ÉL: ¿Lo eres?

ELLA: Casi tanto como tú.

(Silencio.)

ÉL: Te enfadas igual que tu madre.

ELLA: No quiero hablar de mi madre.

ÉL: La misma mirada y la misma forma de torcer los labios.

ELLA: Basta ya.

ÉL: Tuviste suerte de haber salido a ella.

ELLA: No te hagas el humilde ahora.

ÉL: En serio, tuviste suerte de no parecerte a mí.

ELLA: He dicho que ya basta.

ÉL: ¿Tanto te molesta que hable de tu madre?

ELLA: Tú no quieres hablar de mi madre.

ÉL: ¿No?

ELLA: Quieres distraerme.

ÉL: ¿Qué?

ELLA: Quieres distraerme y que perdamos el tiempo, y que ya sea tarde, ellos lleguen y ganes el juego.

ÉL: No, mi niña, yo no quiero que pierdas el tiempo. Si quieres, puedes irte y seguir con tu vida.

ELLA: Me tomas por tonta.

ÉL: No. Pero eres demasiado pequeña para jugar a esto.

ELLA: ¿Has jugado antes?

ÉL: Está claro que no.

ELLA: ¿Está claro?

ÉL: Nunca pierdo un juego.

ELLA: Siempre hay una primera vez.

ÉL: Lo dudo.

(Silencio.)

ELLA: Si quieres convencerme tendrás que trabajártelo un poco mejor.

ÉL: Será un placer.

ELLA: ¿Te das cuenta de que este juego es de muy mal gusto?

ÉL: En realidad no es un juego. Y has entrado en él voluntariamente.

ELLA: Las dos cosas son ciertas. Pero sigue siendo de muy mal gusto.

ÉL: ¿Por qué?

ELLA: Porque el que gana muere.

ÉL: Te equivocas. El que gana salva la vida del otro.

(Silencio.)

ELLA: ¿Quién empieza?

ÉL: Tú. ¿Por qué quieres morir?

(Oscuro.)

Seis. Antes.

(ELLA sola. Algo muy simple, en su vestuario, en su peinado y en su forma de hablar y de moverse, la ha rejuvenecido. Su interlocutora está ausente y sus palabras nos llegan como silencios.)

ELLA: Mamá, no me lo puedo creer. ¿Y lo sabías? ¿Lo sabías durante todo este tiempo?

(...)

Que sí, que el mundo es muy pequeño, pero, ¿tanto?

(...)

Me lo voy a cruzar todos los días, ¿te das cuenta?

(...)

No, no me digas cómo me tengo que sentir.

(...)

Puedes estar tranquila: no me gusta la idea. No me apetece nada. Pero el trabajo sí. El trabajo me interesa mucho. Los que llevan mucho tiempo en ello dicen que quema, que es siempre repetir lo mismo. Pero no sé, eso a mí no me importa. Aprenderé a ponerme en la piel de los que vengán a escucharme, porque para ellos todo es nuevo y todo se dice por primera vez.

(...)

No, mamá. Que no. Por supuesto que no me gusta la idea de cruzarme con él todos los días. ¿Qué te crees? No significa nada para mí.

(...)

No, mamá, no te oculto nada.

(...)

No digas tonterías. Allí iré sólo a trabajar. Y nada más. Pero te diré una cosa. Compréndeme. No lo puedo odiar como haces tú. Porque yo no lo conozco.

(Oscuro.)

Siete. Antes.

(ÉL, de pie, vestido con su disfraz de Julio César, habla al frente. Al otro lado, ELLA, de nuevo con su carpeta de guía, lee la carta. Hay una clara asincronía entre las palabras de ÉL y la lectura de ELLA. Parece que ELLA estuviera revisando algo que ha leído ya muchas veces. La carta está escrita sobre una hoja de cuaderno a cuadros, sucia y arrugada.)

ÉL: Querida hija:

Bienvenida al foro romano.

No intentes averiguar cómo he conseguido hacerte llegar esta carta. Años de convivencia y aburrimiento común en estas ruinas han creado algo parecido a la amistad entre los compañeros más veteranos de tu nuevo trabajo y yo. Pero puedes estar tranquila: ellos desconocen el vínculo que nos une. A veces nos cruzamos y nos saludamos con un movimiento de cabeza, a veces hasta con un “buenos días”, como para impresionar a los que vienen, para hacerles ver que para nosotros estar junto al Coliseo es rutina y no acontecimiento. Sólo eso. Vosotros sois guías, la Historia verdadera; nosotros, payasos, la historia de cartón piedra. Sé cuál es mi sitio, quiero que lo tengas claro. Pero te digo una cosa, mi niña: yo también soy Roma. Y mi cara está repetida en un millón de álbumes de fotos a lo largo de todo el mundo, entre la del Coliseo y la del Panteón, la del Circo Máximo y la de la Fontana de Trevi. Dentro de muchos años, ellos, sus hijos, y los hijos de sus hijos verán las fotos que se hicieron conmigo y sabrán que una vez estuvieron en Roma, y que Roma todavía no ha caído, y que sigue con la frente alta, firme y en su sitio. Porque Roma será otra vez grande, te lo aseguro, hija mía, te lo aseguro. Debería callarme, ¿verdad, mi niña? Pero es que a mí me gusta mucho hablar, ¿lo sabías? Incluso cuando escribo me gusta hablar, y nunca sé cuándo parar, y menos todavía cuando escribo para mi niña. En el colegio me decían que escribía muy bien. Sí, aunque tú no te lo creas, yo escribía muy bien, era travieso pero muy estudioso, sí, lo era, aunque me expulsaran continuamente de todas partes. ¿Sabes lo que pasa? Que nadie me levantaba del suelo cuando yo caía. Si alguien me hubiera guiado y llevado por el buen camino, en vez de echarme de todas partes, yo hubiera sido grande, sí, muy grande, tanto como lo serás tú, mi niña. El mundo necesita guías, hija mía.

(Pausa.)

Si te cuento todas estas cosas es porque tú no me conoces. Sólo sabes de mí lo que te ha dicho tu madre. Y has de saber algo muy importante. Tu madre tiene razón. No tengo ni idea de lo que te ha contado, pero seguro que tiene razón. No te estoy escribiendo para que me perdones. Y tampoco para que sepas que yo estoy aquí, cerca de ti, junto al Coliseo, disfrazado de Julio César: estoy seguro de que ya lo sabes. Te escribo por dos razones. Primero, porque quiero conocerte, pero sólo si me dejas. Segundo, porque quiero protegerte. Y pensarás que soy un hijo de puta, que primero te abandona y luego se cree con derecho a protegerte. Y es normal que pienses eso, mi niña, porque yo nunca he hecho lo que debía. Pero, como digo, no te escribo para que me perdones. Si me lo pides, a partir de ahora aprenderé a bajar la mirada cuando nuestros caminos se crucen. Si me lo pides, fingiremos que somos desconocidos pero nos escribiremos pequeñas cartas como esta. Si me lo pides, algún día tomaremos un café en un sitio que yo conozco y hablaremos el uno con el otro, y a lo mejor ese día me porto como un padre y hago algo bueno por ti. Pídeme lo que quieras. Tendrás todo el apoyo que yo nunca tuve, pero sólo si tú me lo pides. Yo sólo sé que no puede ser casualidad que tú y yo, que hemos andado por caminos separados durante tanto tiempo, hayamos terminado por trabajar en el mismo sitio. No puede ser casualidad. Pídeme lo que quieras. Por mi parte, yo sólo quiero que estés segura de algo: mientras yo te tenga a la vista, mi niña, nunca te ocurrirá nada malo.

(ELLA termina de leer unas líneas antes de que ÉL termine su monólogo. Mientras ÉL pronuncia sus últimas palabras, ELLA abre su carpeta. De su interior saca una gran cantidad de hojas de cuaderno idénticas a las de la carta. Coloca la nueva carta justo detrás de las anteriores, las agrupa otra vez y las devuelve a la carpeta, cerrándola en el preciso momento en el que ÉL termina de hablar. Justo entonces, ELLA se percata de que está siendo observada y se dirige al público.)

ELLA: Disculpen. Sí, yo soy su guía. Bienvenidos al Foro romano.

(Oscuro.)

Ocho. Antes.

(ELLA, frontal. ÉL, vestido de César, se mueve intentando captar la atención de la gente que pasa, invisible para el público. ELLA y ÉL comparten el mismo espacio pero no exactamente el mismo tiempo, de tal modo que pueden cruzarse sin percibirse el uno al otro. ÉL repite sus gestos romanos, pero no consigue despertar el interés de nadie. A la gente que pasa sin hacerle caso les hace gestos burlones o despreciativos en cuanto le dan la espalda. Su frustración aumenta progresivamente, y poco a poco la energía con la que lo intenta decae, hasta que, finalmente, enciende un cigarrillo y limita sus intentos a leves gestos casi imperceptibles.)

ELLA: Esta carta no significa que quiera hablar contigo. Menos todavía que te haya perdonado lo que no quieres que te perdone. Pero tu insistencia y tu tenacidad tienen para mí un significado. Aclaremos: llamo insistencia y tenacidad a setenta y dos cartas manuscritas exactamente iguales. Felicidades. Es todo un récord en la era de las fotocopias. Por cierto, resulta casi divertido que me sigas dando la bienvenida al foro romano cuando llevo ya un año trabajando aquí. Es casi divertido. Todas esas cartas tienen, como te digo, un significado. Y es que no has sido capaz de captar mi desinterés. No has sabido darte cuenta de que no quería saber nada de ti y que mi silencio era la mejor manera de mostrarte mi desprecio. Te creía más listo. Sabía que eras un mal tipo, pero pensaba que al menos no eras tonto. Tengo que decir que me has decepcionado. Me has decepcionado profundamente.

Pero en fin, será mejor que vayamos al grano.

No te he enviado esta carta para insultarte. Tengo que contarte algo que creo que deberías saber. No porque te lo merezcas, sino porque tu estupidez me da lástima. Sí, de algún modo todas esas cartas absurdas me han producido un poquito de compasión. Y por eso me he decidido a escribirte.

Quiero que sepas que mamá ha muerto.

No entraré en detalles. Su enfermedad ha sido larga y dolorosa. Y quiero que sepas que no se ha acordado de ti más que para insultar tu memoria. Pero no creas que te ha dado el privilegio de echarte la culpa. Ni siquiera eso te mereces. Simplemente, sufría tanto dolor que necesitaba alguien a quien odiar. Ya está. Eso es todo. He pensado que debías saberlo.

(ÉL renuncia finalmente a buscar turistas y saca la carta de ELLA de entre los pliegues de su túnica. La carta está arrugada, sobada, como si ya la hubiera leído muchas veces.)

(Oscuro.)

Nueve. Ahora.

(De nuevo sentados y frente a frente.)

ELLA: Es genético. Pasa de madre a hija. Siempre. Tarda en aparecer, pero cuando llega ya no hay vuelta atrás.

ÉL: ¿Desde cuándo lo sabes?

ELLA: Hace muy poco, pero mamá lo sabía desde siempre. ¿Nunca te lo dijo?

ÉL: No.

ELLA: A mí tampoco, hasta que desarrolló la enfermedad. Pero ella sabía las consecuencias, y no sé por qué empeño absurdo me pusisteis a mí en el mundo.

ÉL: ¿Me estás culpando?

ELLA: Culpo a la puta naturaleza por repartir caramelos envenenados en la puerta del colegio a niños que no saben lo que hacen.

ÉL: Me estás culpando.

ELLA: No te creas tan importante.

ÉL: Supongo que ya no querrás darme nietecitos...

ELLA: Yo sí soy responsable.

ÉL: Debe haber una cura.

ELLA: La única es no haber nacido.

ÉL: Eres muy joven para ser tan cínica.

ELLA: Soy muy joven para morir.

ÉL: Debe haber una manera de retrasarlo todo...

ELLA: No la hay.

ÉL: ¿Cuánto...?

ELLA: Pueden ser años. Incluso décadas.

ÉL: ¿Entonces?

ELLA: Años de dolor extremo, interminable... Ya lo sufrí con mamá. No merece la pena y no quiero implicar a nadie. Lo que yo pasé no se lo desearía ni a mi peor enemigo.

ÉL: ¿Ni siquiera a mí?

ELLA: Tú debes quedar en pie para llevarme flores al cementerio.

ÉL: ¿Quieres que te lleve flores?

ELLA: ¿Es que no me lo merezco?

ÉL: ¿Quieres una buena lápida?

ELLA: La más grande que haya. O un mausoleo, si quieres, como los que a ti te gustan.

ÉL: No te burles. Este rollo de la memoria te gusta tanto como a mí.

ELLA: ¿Estás seguro?

ÉL: Eres historiadora.

ELLA: Lo era.

ÉL: Te dedicas a recordar.

ELLA: Me *dedicaba* a buscar la verdad. Ya te lo expliqué una vez. ¿No lo recuerdas?

ÉL: “A buscar la verdad” ¿Y a contarla?

ELLA: Y a contarla.

ÉL: ¿Sabes? Hace falta gente que sepa contar buenas historias. ¿Quién coño sabría quién es Julio César si no fuera por los historiadores romanos? Como Suetonio... O como Tito Livio...

ELLA: Bravo. Como era... “El indigente más culto de Roma”.

ÉL: El mundo necesita gente que le cuente historias.

ELLA: No hay nada que yo pueda contar que no pueda contar cualquier otro.

ÉL: El mundo recordará a la gente que le haya contado buenas historias.

ELLA: Al final sólo seré lo que tú recuerdes de mí.

(Pausa.)

ÉL: ¿Quieres tomar algo?

ELLA: ¿Qué...?

ÉL: Un vaso de agua. Del grifo. Lo necesitas.

(Sale.)

ELLA: Odio el agua del grifo. *(Se levanta y agarra el abrigo.)* ¿Por qué no bajamos?

ÉL: *(Desde fuera.)* Está todo cerrado.

ELLA: Conozco un sitio.

(ÉL entra, con un vaso de agua en la mano. Se lo ofrece, pero ELLA no lo coge.)

¿Por qué dices que la necesito?

ÉL: ¿El qué?

ELLA: El agua. Yo no te la he pedido.

ÉL: ¿Por qué no?

ELLA: No tengo sed.

ÉL: Todo el mundo tiene sed.

ELLA: Dime por qué.

ÉL: Antes dijiste...

ELLA: Ya no. Se me pasó. ¿Por qué?

ÉL: ¿Por qué?

ELLA: Por qué.

ÉL: Porque has ganado.

ELLA: ¿He ganado?

ÉL: El juego. Lo has ganado. Contra lo que me has dicho no tengo nada con lo que pueda competir. Hay que acertar tu sufrimiento, y no vamos a esperar. Actuemos ya. No esperemos más. Esas pastillas se toman con agua. Durante algo menos de una hora no sentirás nada que no sintieras también con una aspirina. Después, casi de improviso, te sumergirás en un sueño dulce, y luego... Se acabó. Dicen que no duele. Dicen. Conozco al tipo que las vende, pero, como comprenderás, ninguno de sus usuarios ha vuelto para contármelo.

ELLA: Crees que no seré capaz.

ÉL: Claro que sí.

ELLA: Te conozco. Me estás retando.

ÉL: ¿Ah, sí?

ELLA: Me provocas para que yo me atemorice y me eche atrás.

ÉL: Qué valiente es mi niña...

ELLA: Lo tengo decidido. Lo tengo muy claro. Y no tengo miedo.

ÉL: ¿Entonces a qué esperas?

(Le ofrece el vaso de agua. ELLA no mueve un músculo.)

Tómate las pastillas.

ELLA: Lo voy a hacer.

ÉL: Lo vas a hacer. ¿Y para qué pierdes el tiempo hablando...?

(Pausa. ELLA le mira fijamente.)

Ya entiendo. Necesitas un abrazo de despedida.

(Deja el vaso en el suelo y se acerca a ELLA con intención de abrazarla. ELLA le aparta.)

ELLA: Eres patético. No vas a conmovirme.

ÉL: Tómate las pastillas.

ELLA: No vas a ponerme nerviosa.

ÉL: Mátate ya.

ELLA: ¿Ahora te haces el fuerte?

ÉL: Quiero ver cómo te tomas esas pastillas. Y quiero ser el único que vaya a tu entierro.

ELLA: Sigue intentándolo. Pero está decidido.

ÉL: ¿Y a qué esperas?

ELLA: No me mataré hasta que tú estés a salvo. *(Se pone el abrigo.)* Vámonos.

ÉL: ¿A dónde?

ELLA: A cualquier parte. Ellos están a punto de llegar, ¿no es cierto?

ÉL: Algo menos de una hora.

(ÉL se sienta y se acomoda.)

ELLA: ¿Qué haces?

ÉL: Me cansa estar de pie. Estoy cansado y viejo, hija mía.

ELLA: Vámonos.

ÉL: No tengo prisa.

ELLA: No me jodas.

ÉL: *(Riendo.)* Lo conseguí. Te has puesto nerviosa.

ELLA: Vámonos.

ÉL: Hace frío ahí fuera.

(Silencio.)

ELLA: ¿Sabes una cosa? Voy a mandar a la mierda este juego de locos. *(Saca las pastillas.)* Puedes dejar que te maten si quieres. Nos vemos en el infierno.

(Coge el vaso de agua y se dirige las pastillas a la boca. ÉL se levanta, y justo en ese momento ELLA para. Pausa.)

ÉL: Sí me lo contó.

ELLA: ¿Qué?

ÉL: Tu madre sí me contó lo de su enfermedad.

ELLA: ¿Qué quieres decir?

ÉL: Sabes perfectamente de lo que estoy hablando.

ELLA: Pero ella y tú...

ÉL: Ella y yo nunca hemos dejado de vernos.

ELLA: ¿Cuándo?

ÉL: Siempre. Cada vez que tú estabas fuera con tus amiguitos de la universidad, con esos pocos amigos que tuviste alguna vez, tu madre salía y venía a buscarme. A veces ni siquiera hablábamos. Nos veíamos, ella me seguía hasta mi casa y luego follábamos toda la noche. ¿A quién crees que fue a ver cuando el médico le dio la sentencia?

ELLA: No me lo creo.

ÉL: Tu madre nunca me olvidó.

ELLA: Mi madre te odiaba.

ÉL: Exacto.

ELLA: A mí nunca me dijo...

ÉL: Quería protegerte.

ELLA: Protegerme de ti...

ÉL: Protegerte de sí misma. Enseñarte a no ser como ella. A no engancharte con canallas como yo. Para ser tan zorra, ha sido una buena madre.

ELLA: Eres un hijo de puta.

ÉL: Y tú una embustera. Ella me lo contó todo. Yo también viví su enfermedad. Y el cáncer, hija mía, no es hereditario. “Es genético. Pasa de madre a hija”. Genial. Tienes mucha imaginación. ¿Fue tu madre la que te enseñó a mentir así? Espero que lo que les cuentas en el Foro a los turistas sea un poco más verídico.

(ELLA se levanta.)

ELLA: Púdrete. Quédate aquí y espera a que te maten. Yo me voy.

ÉL: Dame las pastillas.

ELLA: ¿Quién te ha dicho que haya cambiado de opinión?

ÉL: ¿Y las reglas?

ELLA: Ya te he dicho que no me gustaba este juego.

ÉL: No te creo.

ELLA: Como quieras. Yo me voy.

ÉL: No quieres irte. No vas a irte.

ELLA: ¿No me crees?

(ÉL se levanta.)

ELLA: ¿Te vas?

ÉL: Es posible.

ELLA: ¿No vas a dejar que te maten?

ÉL: ¿Vas a tomarte las pastillas?

(Pausa. Se miran. Silencio.)

Nos queda casi una hora. Siéntate. Me vas a decir por qué coño una chica como tú quiere suicidarse. Pero antes te voy a contar mi historia. La historia que quiero que cuentes cuando yo ya no esté.

(Se siguen mirando. ÉL se sienta. ELLA no lo hace hasta que ÉL está completamente sentado. Desde sus asientos, se siguen mirando.)

(Oscuro.)

Diez. Antes.

(ÉL sigue disfrazado de Julio César. ELLA explora con nerviosismo el interior de un bolso. Comprueba todo lo que hay en su interior, especialmente el billetero, que revisa concienzudamente. La acción se debe alargar durante toda la duración del monólogo, y es sólo en el momento en que éste termina cuando ELLA encuentra la carta dentro del bolso.)

ÉL: Querida hija:

Sí, he sido yo quien ha encontrado tu bolso. Tu madre, que en paz descanse, te habrá hecho saber muchas veces que tiendo a andar con malas compañías. El lado bueno de esta perniciosa costumbre es que sé exactamente cómo se manejan los carteristas de Roma, que tanto abundan en cuanto llegan los turistas en masa y se abre la temporada de pesca. Lo reconozco: me despisté y no pude evitar que te robaran, pero no me costó mucho atrapar al cabrón que se llevó tu bolso.

Te protejo, mi niña, te protejo.

Te ahorraré detalles, pero quiero que sepas que el tipo ha recibido su merecido, y que ahora está en manos de la policía con un bonito recuerdo mío. No sé si entiendes lo que quiero decir. Esos bastardos no merecen respeto.

Te protejo, mi niña, te protejo.

Tienes que andar con cuidado. Pero también te digo una cosa: nunca pases miedo. No necesitas el miedo, porque me tienes a mí. Y no sólo aquí, en el Foro y en el Coliseo. Paso mucho tiempo contigo aunque tú no me veas, y te puedo decir que te he salvado de más de un buen susto.

Y hay algo más que quería decirte, mi niña.

No sólo te sigo para cuidar de ti. Los peligros acechan, pero eres lista y sabes cuidarte. Te sigo, también, para acompañarte. Porque estás sola. Vuelves a casa después de trabajar y no sales. Allí, nadie te espera. No pienses mal: sé cuáles son los límites. Puedes estar segura de que nunca he atravesado tu puerta. Pero es como si te viera. Entrás en tu casa, sientes el vacío de tu madre y para olvidarlo todo te sumerges en los libros de Historia. No sales con amigas, no sales con chicos, no sales con nadie ni para tomar un café. Te quedas en tu casa a la luz del flexo, estudias hasta que se te queman las pestañas y viajas al tiempo de César en tu barco de papel. Yo también era estudioso de pequeño, ¿lo sabías? Pero por suerte no eres como yo, y lo que a mí sólo me sirve para ser el indigente más culto de Roma a ti te sirve para conseguir que los turistas sean

menos turistas y más viajeros. Pero también te digo una cosa: mientras tanto, mientras te pasas las tardes estudiando, la Roma real está debajo de tu casa, esperándote. Quiero que sepas que no estás sola, mi niña, que te acompaño y estoy siempre contigo.

(ELLA inicia la lectura.)

(Oscuro.)

Once. Antes.

(ELLA, frontal. ÉL se está quitando el disfraz. Al final coge un pequeño papelito y lo guarda cuidadosamente en su cartera.)

ELLA: Padre. Dos puntos.

Es cierto. Paso mucho tiempo sola.

Es cierto. No tengo miedo.

Es cierto. Estudio mucho, y quizá algún día pueda dejar este trabajo, este trabajo repetitivo hasta la náusea, y trabajar en la Universidad, y hacer Historia, Historia de verdad.

Pero también es cierto que soy libre, y que estoy sola porque quiero y que ando por donde quiero y que no necesito a nadie para protegerme ni para sentirme acompañada.

Punto y aparte.

Si quieres, puedes venir a alguna de mis visitas guiadas en el Foro. Así sabrás que la Roma de hace dos mil años también es real. Pásate cuando quieras. Pero si lo haces, no intentes hablar conmigo.

Punto y aparte.

Lo del bolso. Gracias.

Punto y final.

(Oscuro.)

Doce. Antes.

(Situación de visita guiada: ELLA ante un grupo en el que sólo ÉL, vestido de calle, es visible.)

ELLA: Hasta aquí la visita. Espero que les haya gustado y que disfruten durante el resto de su estancia en Roma. Hasta luego, gracias, hasta luego...

(ÉL está quieto, mirándola. Le ofrece una carta. ELLA la coge, y, a su vez, le ofrece otra, procurando que sus manos ni siquiera se rocen. Silencio.)

ÉL: Hija...

(ELLA le sonrío, se da la vuelta, y se va. ÉL sigue quieto.)

(Oscuro.)

Trece. Antes.

(ELLA, sola. Frontal.)

ELLA: Padre. Dos puntos.

¿Conoces la historia de Alcestris, la más bella de las hijas de Pelias? Su marido, Admeto, ofende a los dioses y es condenado a muerte. Apolo, que le debía un favor, embauca a las parcas para que le perdonen, pero con la condición de que alguien ocupe voluntariamente su lugar en el mundo de los muertos. Admeto, cobarde, no se resigna a aceptar su destino. Feres, su anciano padre, más cobarde aún, tampoco se ofrece a adelantar su ya cercana muerte. Sólo Alcestris, la más bella de las hijas de Pelias, tiene el valor de ofrecer su vida para salvar la de su marido. Y un día viene la Muerte a cobrar su deuda. Toma a Alcestris y se la lleva consigo, a su reino. Al final de la historia, Hércules desciende al infierno y la rescata. Pero esa parte ya no me interesa.

(Poco antes de que ella terminara ha entrado él, vestido con su habitual disfraz de César, pero esta vez con la apostura más digna con la que le hemos visto hasta ahora.)

ÉL: Querida hija:

Hubo un tiempo en que los viajeros paseaban sin miedo por Roma. Visitaban el Coliseo, los Foros, o la Plaza Navona, sin preocuparse nada más que por hacerse fotos y contemplar la belleza de la ciudad. Pero desde hace mucho eso se acabó.

ELLA: No te imaginas cuántas veces he visto esculpida la historia de Alcestris en relieves de sarcófagos romanos. ¿Sabes lo que es un sarcófago? Lo sabes, seguro; a veces olvido que fuiste un empollón cuando niño. A lo que iba. Desde hace mucho tiempo, la mayoría de los sarcófagos se amontonan en los almacenes de los museos, o se utilizan como maceteros de lujo en cualquier patio de los palacios nobles de Roma. Hoy sólo contienen polvo, o flores, pero, en su día, algunos contuvieron restos de mujer.

ÉL: Llevaban cámaras que ocupaban el doble que esas miniaturas de ahora, pero nunca temían por ellas. Los tranvías y los autobuses estaban el doble de abarrotados, pero nadie corría el riesgo de soltar la barra para protegerse la cartera.

ELLA: ¿Te das cuenta? Sus familiares, o quizá ella misma, decidieron no representar ni su rostro ni su nombre en el sarcófago. Eligieron, en cambio, la historia de Alcestris, para que se identificara con ella, para que los que vinieran detrás no encontraran su recuerdo, su nombre, o el relato de los hechos de su vida, sino una imagen prefabricada de esposa ejemplar.

ÉL: Pero últimamente Roma se ha llenado de gentuza. Vienen de todas partes, están en todas partes, como una plaga, como una epidemia. Son como los microbios, invisibles pero mortales. No, no tengo nada contra los extranjeros, vivo de ellos, para qué nos vamos a engañar. Pero esos que vienen a mancillar Roma con sus manos sucias no merecen ni el aire que respiran. Cuántas veces habré visto a turistas que quieren hacerse una foto conmigo y en el momento de sacar la cámara se dan cuenta de que ya no la tienen. Cuántas veces, cuántas...

ELLA: ¿Qué historia hubo detrás? ¿Fue en realidad una mujer nefasta y sus familiares ocultaron su pasado detrás de la máscara del mito? ¿Fue un homenaje de su marido enamorado, que sentía que ella había muerto antes de tiempo y dado su vida por él? ¿O en realidad él mismo la mató a golpes y luego quiso contar al mundo que era ella la que había decidido abandonar la vida por su propio pie?

ÉL: Roma está perdida. Y no puedo permitirlo. Así que he pasado a la acción.

ELLA: Caben mil historias distintas detrás de la piedra. Pero sólo una es cierta.

ÉL: Los turistas sólo ven a un tío disfrazado que les hace reír. Y estoy seguro de que sus amigos se mueren de la risa cuando les enseñan las fotos del viaje a Roma. Pero te voy a decir una cosa. Se ríen gracias a mí, pero también es gracias a mí que no han llorado. Mi niña, Roma es más segura desde que yo vigilo a esta mala gente que vive de lo que no es suyo. No sólo tú recibes mis cartas. También la policía, mi niña, recibe misteriosos anónimos que valen su peso en oro. Anónimos, sí, y yo sé por qué lo hago. Pero algún día se sabrá quién les ha ayudado a limpiar Roma. Sí, mi niña, algún día todo el mundo lo sabrá.

ELLA: ¿Qué hay detrás de lo que uno deja como recuerdo? ¿Qué queda de estos romanos que nos antecedieron que no sea lo que ellos han querido contar de sí mismos? A encontrar lo real dedico el tiempo. Lo real, si es que existe. La verdad, si es que algo de ella queda. A eso me dedico. ¿Lo entiendes ahora, por fin, o necesitas que te lo explique con dibujitos?

(Oscuro.)

Catorce. Antes.

(ELLA entra. Lleva consigo su carpeta y su cansancio. Observa el suelo. Hay una tarjeta de felicitación y un collar. Lo observa y lo levanta en el aire para verlo mejor. Es una tarjeta con colores almibarados, dibujos infantiles y música incorporada: la abre y suena la clásica canción de cumpleaños feliz. Lee algo que está escrito en su interior. Sonríe. Se va. Un instante después, en el otro extremo del escenario, entra ÉL. Encuentra una carta y un collar idéntico. Guarda las dos cosas en su bolsillo: la carta con mucho cuidado y el collar con rabia mal contenida.)

ÉL: Querida hija:

Me has contado a qué dedicas tu tiempo, y eso significa mucho para mí. Lo que haces es muy importante: escribir la historia de Roma. Ay, te podría contar tantas cosas que te darían para escribir tanto... Me alegro de que hagas lo que haces y sobre todo me alegro de que me lo cuentes. Pero déjame que te diga una cosa.

ELLA: Padre:

No te escribo para que te sientas orgulloso de mí. No te escribo como una hija a un padre para que te sientas orgulloso de mí. No te escribo para pedirte consejo. Te escribo para darte una lección. Sí. Una lección.

ÉL: No pases tanto tiempo sola.

ELLA: Tú nunca has sabido lo que es el sacrificio. Tú nunca has sabido lo que es privarse de lo primero que te apetece para conseguir algo mejor en la vida. Qué vas a saber tú, que saliste corriendo en cuanto me viste aparecer en el mundo. Qué vas a saber tú.

ÉL: Pensarás que no merezco que me escuches, y tendrás razón. Pero amas la verdad y sin embargo no eres capaz de verla. Estás sola. Estoy solo. Y, aunque lo niegues mil veces, yo soy tu padre. Esa es la verdad.

ELLA: He sacrificado muchas cosas. He dedicado un tiempo incontable a prepararme, prepararme a fondo para ser una buena historiadora, una historiadora auténtica, no uno de esos timadores que venden patrañas a gusto del consumidor.

ÉL: Déjame que te diga una cosa.

ELLA: Y tanto esfuerzo va a tener su fruto. Muy pronto. Hay una plaza libre en la universidad. Es la oportunidad con la que he soñado durante tanto tiempo. Me he presentado para conseguir esta plaza, y el lunes que viene se publicarán los resultados. En la Universidad pondrán un cartel con el elegido y yo lo sabré temprano, a primera

hora de la mañana, y luego vendré al Foro para guiar mi última visita. ¿Te das cuenta? Por fin podré dejar estos putos paseos con los turistas, y olvidar el sol quemándome la cabeza mientras miles de niñatos de excursión pisotean las ruinas con sus gritos y sus zapatos de marca.

ÉL: No tengas miedo a sentir que me necesitas.

ELLA: Por fin mi trabajo va a ser reconocido, y podré guiar a otros en el camino que a mí tanto me ha costado recorrer.

ÉL: Corrijo. “Necesitar” es una palabra demasiado grande. Es más sencillo: no tengas miedo a sentirte bien a mi lado.

ELLA: Ha llegado mi hora.

ÉL: Espero tu respuesta, mi niña, y ahora déjame que te cuente otra cosa.

ELLA: Cuando consiga la plaza, mi trabajo dejará de ser solitario y oscuro, y desde entonces compartiré todo lo que sé con la comunidad de historiadores, y con todo aquel que quiera conocer la verdad sobre su pasado. Y ese será mi mundo, ¿sabes?, porque me lo habré ganado, porque yo sé lo que es el sacrificio, y el esfuerzo. Y eso es algo que tú nunca entenderás.

ÉL: Mi vigilancia está dando sus frutos. Estoy tras la pista de algo gordo.

ELLA: O quizá sí.

ÉL: Una banda. Una banda internacional de carteristas. Una banda importante, una banda en la que se mueve tanto dinero que cuando se matan entre ellos lo llaman “ajuste de cuentas”. ¿Pensabas que no hacía nada más que pasear disfrazado y dejar que me hicieran fotos, verdad? Te equivocas. En secreto, trabajo para Roma, trabajo para el renacer de Roma. En secreto.

ELLA: Si te escribo es para darte una lección. Y no se da una lección a quien no tiene la capacidad de aprender. Debe ser que he heredado algo de ti, algún gen estúpido y desorientado. Porque, no sé por qué, tengo la absurda esperanza de que algún día cambies.

ÉL: No me tengas miedo, mi niña. No me tengas miedo. No tienes por qué tenerme miedo. Porque no me conoces.

ELLA: El collar. Gracias, pero no. La tarjeta. Por los pelos. Mi cumpleaños es el día 16.

ÉL: Felicidades.

(Oscuro.)

Quince. Antes.

(Situación de visita guiada. ELLA está despeinada y tiene el gesto descompuesto.)

ELLA: Y para terminar, he aquí el arco del emperador Septimio Severo, como pueden comprobar por la inscripción grabada en la piedra. En origen, aparecía también el nombre de su hijo Geta, pero su propio hermano, Caracalla, lo hizo borrar tras ordenar su asesinato. Muchos emperadores romanos erigieron arcos como éste para conmemorar victorias de guerra. Para su construcción hacían traer los mejores mármoles del mundo conocido, con un objetivo muy claro: que el recuerdo de esas batallas gloriosas se superpusiera, a lo largo de los siglos, sobre sus derrotas como generales y sus errores como gobernantes.

(ÉL levanta la mano. ELLA le ignora.)

El emperador cae, pero la piedra pervive.

(ÉL vuelve a levantar la mano, pero ELLA le continúa ignorando.)

Queda así en la gente el recuerdo de las victorias, pero el emperador se lleva sus fracasos secretos a la tumba.

(ÉL levanta la mano. ELLA no le da la palabra.)

ÉL: ¿Qué es un fracaso para un emperador?

ELLA: El arco está completamente revestido de mármol...

ÉL: Un emperador debe estar por encima de las derrotas.

ELLA: Y fue construido a inicios del siglo III después de Cristo, en plena decadencia del imperio romano...

ÉL: Un emperador debe saber que es la persona más importante del mundo.

(Silencio. A ÉL.)

ELLA: Un emperador es la persona más sola que existe.

ÉL: ¿Cómo...?

ELLA: Un emperador puede borrar las inscripciones, pero no sus recuerdos.

ÉL: Pero...

ELLA: El emperador es el único que no puede olvidar.

ÉL: Mi niña...

ELLA: *(Interrumpiéndole.)* Hasta aquí la visita. Espero que hayan disfrutado y que lo pasen bien durante el resto de su estancia en Roma.

(ELLA se dispone a irse. ÉL la mira fijamente.)

ÉL: Hija, ven aquí.

(ELLA se para, pero no se acerca a ÉL.)

Hija, ven aquí.

(Silencio.)

ELLA: Me he levantado temprano, para estar allí a primera hora, a primera hora de la mañana...

ÉL: Lo sé.

ELLA: Llegué la primera, antes que nadie, a primera hora de la mañana. Llegué la primera...

ÉL: Lo sé, mi niña.

ELLA: No había nadie cuando llegué, estaba yo allí sola como una tonta, como una imbécil...

ÉL: Mi niña...

ELLA: Es todo mentira. Es todo mentira. Estudiar no sirve para nada, para nada, para nada. Hay que tener contactos, tener amigos donde hay que tenerlos, ir a los congresos sólo para que te vean. Hace falta ser idiota para no darse cuenta. Es todo mentira, es todo mentira...

ÉL: *(Interrumpiéndola.)* Calla, mi niña.

(Silencio.)

Acompáñame. Conozco un sitio donde hacen el mejor café de Roma.

(Se van. Los dos juntos.)

(Oscuro.)

Dieciséis. Ahora.

(Los dos sentados.)

ÉL: Al principio no me lo podía creer. Me lo dijo un compañero. Uno alto, un centurión. Me dijo que pasaban todos los días y me miraban. Y no venían a hacerse una foto, y tampoco a reírse de mí, como hacen los niños. La verdad es que nunca les he visto reírse. A veces se escondían detrás de los turistas, pero otras veces era yo el que se escondía y les veía dar toda la vuelta al Coliseo, buscándome.

ELLA: ¿Son ellos?

ÉL: *(Interrumpiéndola.)* Luego fue mucho peor. Empecé a verlos muy lejos de los Foros, muy lejos de la gente, fuera de la vista de cualquier multitud o de cualquiera que pudiera hacer una foto. Lejos de cualquier testigo. Tanto, que llegué a ponerme nervioso. Aquella vez supe esquivarlos y les dejé atrás, con el tiempo justo para entrar en mi casa. Era mi barrio, era *este* barrio y ellos ya sabían dónde vivía yo.

ELLA: ¿Te amenazaron?

ÉL: Son ellos, mi niña, son ellos.

ELLA: ¿Y no pudiste...?

ÉL: Empecé a recorrer caminos distintos para evitarlos. Pensé en dejar de trabajar por unos días, pero no me lo pude permitir: acepto morir, pero no de hambre. Finalmente me acostumbré: ellos me seguían allá a donde fuera, y jugábamos al escondite por las calles de Roma. Era casi divertido.

ELLA: ¿Por qué no llamaste a la policía?

ÉL: La policía adora a los soplones, pero no mueve un dedo por ellos. La policía nunca entendió que yo no busco el bien propio, sino el de Roma. Para ellos no soy más que un soplón, y un soplón, aunque esté de tu lado, siempre será un traidor. Y nadie se juega el tipo en defender a un traidor.

ELLA: Pero ellos...

ÉL: Ellos no están fichados. Han venido de quién sabe dónde sólo para vengar a los que yo mandé a la cárcel. La policía ya tuvo su botín, los agentes sus medallas y los políticos sus titulares. Y no me importa. Yo sólo quiero el bien de Roma. Con el tiempo se conocerá la verdad y se sabrá mi nombre. Pero ahora mismo la policía se lava las manos. Si los plebeyos se matan entre sí, es un trabajo que se ahorran.

ELLA: Todavía no me has contado por qué quieres morir.

ÉL: Dame tiempo.

ELLA: No nos queda.

ÉL: Te estoy contando una historia.

ELLA: Dime por qué.

ÉL: Escúchame.

ELLA: ¿Por qué quieres morir?

ÉL: Llegó un momento en que dejaron de esconderse. Pasaban a mi lado y me miraban fijamente. Y sólo la sonrisa inocente de alguna pareja de japoneses que se interponía en busca de fotos les impedía acercarse a mí.

ELLA: ¿Por qué?

ÉL: No soporto vivir encadenado. No soporto estar siempre volviendo la cabeza de un lado para otro como si la calle estuviera llena de fieras salvajes. Quiero poder dirigirme a un desconocido sin miedo a estar hablando con el verdugo.

ELLA: No me contestas.

ÉL: Quiero vivir, y no puedo. Por eso quiero morir.

ELLA: Basta ya.

ÉL: ¿Qué más quieres?

ELLA: Te pregunto por qué quieres morir y me sueltas la misma historieta de Julio César que yo cuento en las visitas guiadas. Ese rollo de Suetonio sobre que César se dejó matar. ¿De verdad te lo crees? ¿De verdad piensas que el hombre más poderoso de la Tierra se dejaría matar? Créetelo, si quieres, es una historia muy sugerente, pero no me digas que te has creído tu propio disfraz. ¿Me tomas por tonta o es que has perdido la cabeza? Me sé de memoria la historia de Julio César. Yo te pregunto por la tuya.

ÉL: Lo que quiero es salvarte la vida.

ELLA: Bien. Volvemos al juego: no me convences.

ÉL: ¿Crees que vas ganando?

ELLA: Sé que vas perdiendo.

(Silencio.)

ÉL: Ellos saben donde vives.

ELLA: ¿Ellos?

ÉL: Sí, ellos. Lo saben. Y resulta que también les encanta escribir cartas. Me enviaron un anónimo con tu dirección y tus horarios de salida y de entrada. *(Saca un papel arrugado del bolsillo.)* Aquí lo tengo, y no es un papiro romano. Ellos te han seguido, mi niña, ellos quieren hacerte daño porque saben que no pueden conmigo. Porque saben que tú eres mi debilidad.

ELLA: Deja que me maten.

ÉL: Jamás.

ELLA: Deja que me maten. A mí ya no me queda nada.

ÉL: Vivo para protegerte.

ELLA: Muy bonito. Entonces, ¿quién me protegerá cuando tú no estés?

ÉL: Las reglas del juego. Me perdí tu niñez, pero estoy seguro de que nunca has hecho trampas.

ELLA: Deja que me maten y sálvate. Haz tu vida como siempre lo has hecho. Déjalas hacer su trabajo y cumplirás mis sueños. Te quitarás todas las preocupaciones de un solo golpe. Y me harás feliz, papá. ¿No es eso lo que quieres, papá?

ÉL: Eres estúpida.

ELLA: Tienes razón, soy una estúpida con un montón de conocimientos inútiles que no le interesan a nadie. ¿Para qué voy a seguir aquí?

ÉL: Eres estúpida. ¿De qué les sirve matarte? Responde a esta pregunta, grandísima historiadora, ¿de qué les sirve?

(Silencio.)

Les interesas sólo para que yo dé la vida por ti. Porque saben que me importas.

ELLA: Vaya, eres un gran padre...

ÉL: Tarde o temprano vendrían a por mí. Y ya te lo dije al principio. Este juego no puede acabar en empate.

(Silencio.)

¿Me comprendes ahora, hija mía? Corres peligro, y no puedo permitirlo. Dame esas pastillas, mi niña, y vete ya, antes de que vengan a buscarme.

(Silencio.)

Vivo para protegerte. Para protegerte de esos hijos de puta. Para protegerte de ti misma.

(Silencio.)

ÉL: Corre, vete ahora. Están a punto de llegar.

ELLA: Déjame el papel.

ÉL: ¿Qué papel?

ELLA: El papel con mi dirección y los horarios.

ÉL: ¿No me crees?

ELLA: Dame el papel.

ÉL: ¿Quieres el papel? Toma el papel. Marchando el papel para mi niña...

(Se lo entrega. ELLA lo abre.)

ELLA: Es mi dirección. Y son mis horarios. Uno por uno. Cuando salgo, cuando entro.
Durante meses.

ÉL: Vamos, aún hay tiempo, sal de aquí antes de que lleguen.

ELLA: Durante años.

ÉL: (*Levantándose.*) Dame las pastillas.

ELLA: Es mi dirección, y son mis horarios. Pero es tu letra. La conozco muy bien. Esta hoja está escrita con tu letra.

(*Silencio.*)

(*Oscuro.*)

Diecisiete. Antes.

(De pie, los dos. ELLA, medio volteada, como iniciando el mutis. ÉL, firme, dispuesto a mantener indefinidamente la conversación.)

ELLA: Me tengo que ir.

ÉL: ¿A dónde?

ELLA: Me tengo que ir.

ÉL: ¿Seguro que no se puede hacer nada...?

ELLA: *(Interrumpiéndole.)* No.

ÉL: Ni siquiera recurrir... La universidad...

ELLA: No.

ÉL: Seguro que...

ELLA: Gracias por el café.

ÉL: Mi niña...

ELLA: Llego tarde.

ÉL: Prométeme que volveremos a vernos.

ELLA: Sigo trabajando en...

ÉL: No, disfrazado no. Ni de César ni de turista. Prométemelo.

ELLA: Me están esperando.

ÉL: ¿Quién?

ELLA: Me tengo que ir.

ÉL: Antes de irte...

ELLA: ¿Qué quieres?

ÉL: Dame un sí. O dame un no. ¿Volveremos a vernos?

ELLA: No sé.

ÉL: Tú siempre dices las cosas claras.

ELLA: Será que no me encuentro bien.

ÉL: ¿Necesitas...?

ELLA: Volveremos a vernos.

ÉL: ¿Sin disfraces?

ELLA: Me tengo que ir.

(ELLA se va. ÉL se queda, mirando hacia el lugar al que ELLA se ha dirigido. Tras unos segundos, se marcha en la dirección contraria.)

(Oscuro.)

Dieciocho. Antes.

(ÉL solo. Frontal.)

ÉL: Querida hija:

No puedo esperar. Tenemos que vernos, tenemos que volver a vernos. Y tiene que ser ya. No puedo esperar, y cuando digo “no puedo”, es porque no puedo. No es por falta de paciencia. Es porque no me queda otra opción. No puedo darte más explicaciones, así, por carta. Tenemos que vernos ya. No puedo esperar.

Quiero despedirme. Quiero despedirme de ti. Me voy, y es para siempre. No quiero irme, pero he decidido irme. Deja que me explique. No me he confundido al escribir, no me he vuelto todavía más loco de lo que ya estaba. No me estoy haciendo el misterioso. Lo que pasa es que no te lo puedo explicar por carta. Me voy. Y quiero despedirme.

Me gustaría que vinieras a mi casa. Por primera y última vez. Ven. Por favor. Si quieres venir, te estaré esperando en el Arco de Constantino, mañana, a la hora en la que cierran los foros.

Quizá no quieras despedirte de mí. Puede que no te importe que me vaya. En ese caso, eres libre, pero ten presente que llegará un día en el que me busques y no podrás encontrarme.

Déjame que te diga una cosa: si no lo haces por mí, hazlo por ti. Hay algo en tu mirada que me dice que no debería dejarte sola. Hay algo en lo que haces últimamente que me dice que no debo dejarte sola. Hay algo en lo que haces que no me gusta, mi niña.

(Oscuro.)

Diecinueve. Antes.

(ELLA sola. Frontal.)

ELLA: Querido padre:

Estaba descansando. Tenía un cuarto de hora libre entre un grupo y otro, así que me di un paseo junto a los restos de la Basílica Julia. Ya sabes, esas ruinas de escalones donde los antiguos hacían muescas para jugar a los dados y a las tabas. A los turistas estas cosas les encantan. Les sorprende saber que a los antiguos romanos les gustaba tanto jugar como a nosotros, es decir, que eran seres humanos, y no estatuas de mármol vestidas con toallas. Y es como si se dieran cuenta de que del vientre de Roma nace una maraña de cordones umbilicales que recorre todos los caminos hasta llegar a sus ombligos. Allí estaba yo, pensando en lo que creo que piensan los turistas. Y entonces te vi. Ahí estabas, así tan serio como te pones cada 15 de marzo.

(Entra ÉL, efectivamente serio y algo rígido. Lleva consigo un paquete que parece un ramo de flores, si bien no se distinguen con claridad hasta el momento en el que ELLA desvela su naturaleza.)

Tan serio que pareces ridículo. Hiciste lo mismo de siempre. Los mismos pasos de siempre, los mismos movimientos de todos los años. Pero esta vez hubo un detalle que en ese momento no pude comprender... Cómo se te ocurre... ¿Flores de plástico para el César?

(ÉL la mira.)

No me miraste.

(ÉL vuelve a sus flores y mira al frente fijamente, muy serio y con aire trascendental, basculando en el delicado equilibrio que separa lo sublime de lo grotesco.)

No sabías que yo estaba allí. Mejor dicho: sabías que estaba allí, pero no dónde ni que te estuviera mirando. Aunque no olvido una cosa. Todo lo haces para que yo lo vea.

(ÉL la mira.)

No me miraste.

(ÉL vuelve la mirada al frente.)

Y ya lo sé. Llevas flores al altar de César todos los 15 de marzo desde antes de que yo naciera. Pero es mi mirada lo que le da sentido, porque tu propio gesto se vuelve parte de la Historia cada vez que se lo muestro a esos turistas idiotas.

(ÉL vuelve a mirarla, pero con aire ausente, de tal modo que no sabemos si está o no escuchándola.)

Y no, no me intentes explicar lo de las flores de plástico. Ya sé que las flores de verdad se marchitan. Y que es penoso que cuando los turistas se acerquen al Templo no vean más que unos tallos podridos. No es digno de César. Ni de Roma. Pero la idea me preocupa. Me preocupa mucho. El 15 de marzo del año que viene, tus flores de plástico seguirán allí. Y al siguiente. El altar de César tendrá flores para mucho tiempo, aunque tú no estés. Las flores de plástico no necesitan agua. No necesitan a nadie. Me preocupa lo que esas flores de plástico tienen de ausencia.

(ÉL vuelve a mirar al frente.)

Acepto la invitación. Estaré allí, en el Arco de Constantino, a la hora convenida.

(Oscuro.)

Veinte. Antes.

(Andan el uno al lado del otro y se detienen ante una puerta invisible. Llevan puestos los abrigos que hemos visto hasta ahora colgados en las sillas.)

ÉL: Es aquí.

ELLA: Ya lo sabía.

ÉL: ¿Cómo?

ELLA: Yo también te he perseguido alguna vez. Pero no por interés.

ÉL: ¿Por curiosidad?

ELLA: Por seguridad.

ÉL: ¿Me tienes miedo?

ELLA: No, no es lo que temo; es lo que dudo. Quería estar segura. Segura de que eres quien dices ser.

ÉL: ¿Tu padre?

ELLA: Mi madre tenía tu dirección. La encontré entre sus papeles del divorcio. Me sorprende que no hayas cambiado de casa en tantos años.

ÉL: Soy un perdido, pero no un vagabundo.

ELLA: Y resulta que sí.

ÉL: ¿Que sí?

ELLA: Que eres quien yo creía que eras.

ÉL: Lo soy.

(Silencio.)

ELLA: Será mejor que subamos.

ÉL: ¿Estás segura?

ELLA: Sí.

ÉL: Todavía puedes echarte atrás.

ELLA: ¿Quieres que me vaya?

ÉL: No. No quiero dejarte sola.

ELLA: Subamos.

ÉL: Espera un segundo.

ELLA: Qué.

ÉL: Me gusta.

ELLA: El qué.

ÉL: Que al final nuestros caminos hayan coincidido.

ELLA: Al final.

ÉL: Será mejor que subamos.

ELLA: Subamos.

(Oscuro.)

Veintiuno. Ahora.

(Los dos sentados, frente a frente.)

ELLA: Siempre lo supe.

ÉL: ¿El qué?

ELLA: Lo del bolso. Siempre supe que fuiste tú el que hizo que me robaran el bolso.

ÉL: ¿Eso crees?

ELLA: Siempre lo supe. Desde el mismo día en que entré a trabajar, mis compañeros me avisaron. Que no me acercara a ese que se disfrazaba de Julio César. Que dijera a los turistas que tuvieran cuidado, y que no se acercaran a él, porque ese tío no era de fiar.

ÉL: ¿Por qué piensas que ordené que te robaran el bolso?

ELLA: Así que lo “ordenaste”... Poderoso Julio César.

ÉL: No me llevé ni un céntimo.

ELLA: Lo sé.

ÉL: ¿Sabes por qué lo hice?

ELLA: Era una manera de embaucarme.

ÉL: Era una manera de contarte una historia.

ELLA: Exacto.

ÉL: Te gustaba esa historia. Te gustaba mi historia.

ELLA: Es posible.

ÉL: Por eso nunca me dijiste que sabías la verdad.

ELLA: Bravo.

ÉL: Por eso me seguiste el juego.

ELLA: Se nota que has estudiado...

ÉL: Hija mía, eres...

ELLA: Basta.

ÉL: ¿Qué?

ELLA: Hay cosas que todavía no sé.

ÉL: ¿Qué quieres saber?

ELLA: ¿Vendrá alguien a buscarte?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿En menos de una hora?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Cómo lo sabes?

ÉL: Tengo mis fuentes.

ELLA: ¿Cómo sé que no me mientes?

ÉL: Nunca he conseguido engañarte.

ELLA: Siempre hay una primera vez.

ÉL: Como quieras. Esperamos a que lleguen y que ellos mismos te lo confirmen. O seguimos jugando y me convences para que salga de aquí.

ELLA: ¿Por qué tendría que hacerlo?

ÉL: Porque no quieres que muera.

(Silencio.)

ELLA: Está bien. Juguemos.

ÉL: Adelante.

ELLA: ¿Quiénes son? ¿Quiénes vienen a buscarte?

ÉL: ¿Me dejas que te cuente una historia?

ELLA: Quiero que me cuentes la verdad.

ÉL: ¿Recuerdas al Comisario Montalto?

ELLA: Salió en todos los periódicos.

ÉL: ¿Sabes quién era el Comisario Montalto?

ELLA: No, no lo sé, no lo recuerdo. Sólo sé que lo mataron.

ÉL: El Comisario Montalto era el agente de la ley más eficaz que nunca ha tenido Roma. Al Comisario Montalto le habían encargado limpiar Roma de la pequeña delincuencia, de las bandas de carteristas, de los pequeños ladronzuelos y atracadores que ahuyentan a los turistas y reparten el miedo.

ELLA: Una tarea importante.

ÉL: Salvar Roma.

ELLA: “Salvar Roma”...

ÉL: Y decidió que su trabajo debía prevalecer.

ELLA: ¿En qué sentido?

ÉL: El Comisario llevaba detrás décadas de batalla y condecoraciones. Ya tenía cierta edad, y no quería retirarse sin estar seguro de dejar su huella. Quería que las generaciones que vinieran le debieran a él su seguridad.

ELLA: ¿Buscaba la fama?

ÉL: No. El Comisario Montalto nunca pensó en sí mismo. Él sólo buscaba el bien de Roma. Estudió a fondo la pequeña delincuencia de la ciudad, y decidió que debía pensar en el futuro.

ELLA: ¿Y eso que significa?

ÉL: Los niños.

ELLA: ¿Qué niños?

ÉL: Esos niños. Nadie sabe de dónde vienen, ni si quienes dicen que son sus padres son de verdad sus padres. Actúan en pequeños grupos. Al mando están adultos que les utilizan para cometer todo tipo de delitos. Es una trampa muy astuta, la de sus falsos padres.

ELLA: ¿“Falsos padres”?

ÉL: Porque saben que no se puede meter en la cárcel a los niños.

ELLA: ¿Y qué tiene que ver todo esto...?

ÉL: Esos niños crecerán. Se harán mayores y no habrán conocido más vida que la de las calles. Y se volverán más peligrosos y darán más miedo. Eso pensó el Comisario Montalto. Y decidió que había que actuar. Solicitó que le dieran plenos poderes para trabajar en la sombra sin armar escándalo. Y lo consiguió.

ELLA: ¿Plenos poderes? ¿Por encima de qué?

ÉL: De unas leyes. De unas leyes que estorbaban.

ELLA: ¿Ahora defiendes las leyes?

ÉL: Defiendo a los niños. No tienen a nadie.

ELLA: ¿Y desde cuándo a ti te preocupan los niños?

ÉL: Hija...

ELLA: No me llames “hija”. Estoy segura de que tú también los has utilizado. Confiésalo. Seguro que también te has servido de niños para robarle bolsos a los turistas. Seguro que fueron las manos de un niño las que se llevaron mi bolso.

ÉL: Nunca le he hecho daño a un niño.

ELLA: Hay muchas maneras de crear dolor.

ÉL: Cuando el Comisario Montalto empezó a actuar...

ELLA: “Falsos padres”. Nunca has sido otra cosa.

ÉL: Sólo me tenían a mí. Sólo a mí.

ELLA: ¿Utilizaste a niños? Contesta.

ÉL: Yo los protegía, hija, yo los protegía como te he protegido a ti. El Comisario Montalto...

ELLA: (*Interrumpiéndole.*) Lo estás haciendo otra vez. No te hagas el héroe. No quiero volver a quitarte la máscara.

ÉL: No llevo ninguna máscara.

ELLA: No te disfraces de Julio César.

ÉL: No soy Julio César.

ELLA: ¿Quién eres? Dímelo de una vez por todas y deja de contarme historias.

(Silencio.)

ÉL: Soy Bruto.

ELLA: ¿Qué?

ÉL: Bruto, sí, Bruto. Fui yo.

ELLA: ¿Tú?

ÉL: Sí.

(ELLA se levanta.)

¿Qué haces?

ELLA: Dime que es una broma. Dime que es otra de tus historias.

ÉL: Tú no sabes lo que ese cabrón les hacía a los niños.

ELLA: Dime que no es verdad...

ÉL: Les torturaba, les humillaba, y si tenían suerte les mandaba a esas mierdas de centros de acogida. Si volvían a la calle se habían convertido en otras personas...

ELLA: Díos mío.

ÉL: Alguien tenía que pararlo.

ELLA: Eres...

ÉL: Alguien tenía que hacer algo, alguien tenía que salvar a esos niños...

ELLA: Eres un asesino.

ÉL: Soy un hijo de puta. Pero ese cabrón no volverá a torturar a ningún niño.

(ELLA se aleja.)

¿A dónde vas?

ELLA: Me voy de aquí.

ÉL: No, no puedo dejarte sola.

ELLA: Me da igual todo, puedes matarte si quieres. No me importa.

ÉL: No es cierto.

ELLA: Mátate. Pero no esperes que hablen de ti como el salvador de Roma.

ÉL: Me da igual lo que se diga de mí.

ELLA: ¿Desde cuándo?

ÉL: Que me odien. Que me olviden.

ELLA: Te has pasado años inventándote una vida.

ÉL: Era sólo una historia para acercarme a ti.

ELLA: Mientes. Sólo querías salvar tu memoria.

ÉL: Era sólo una historia. Para que me respetaras. Para que me admiraras.

ELLA: No era una historia. Era una mentira. Me voy.

ÉL: Me da igual lo que cuentes de mí, pero sigue con vida.

ELLA: El juego ha terminado.

ÉL: Me hiciste una promesa. Y tú no eres como yo.

ELLA: No quiero vivir.

ÉL: Mi niña...

ELLA: No quiero vivir. Y tú no eres nadie para impedírmelo.

ÉL: Soy tu padre.

ELLA: Palabras.

ÉL: Mis palabras son basura, hija mía. Pero las tuyas valen oro. Y me prometiste mantenerte en pie si yo me iba.

(Silencio.)

ELLA: La policía no te matará.

ÉL: Claro que no. ¿Pero tienes una idea de lo que me harán en la cárcel? Me tienen muchas ganas, mi niña.

ELLA: Así que esa es la respuesta.

ÉL: ¿Respuesta?

ELLA: Ya sé por qué quieres morir.

ÉL: ¿Por qué?

ELLA: Porque tienes miedo al dolor.

ÉL: No es cierto.

ELLA: Sufre. Deja que te encarcelen y sufre. Te lo has merecido. Te mereces todo lo que te hagan. Aguanta con vida tu castigo.

ÉL: Merezco morir.

ELLA: Tienes derechos.

ÉL: Soy mi propio juez y tengo mis propias leyes.

ELLA: Eres un cobarde.

ÉL: Sólo quiero salvarte.

(Silencio.)

ELLA: No vas a impedir que haga lo que yo quiera.

ÉL: Lo haré.

ELLA: ¿Quién te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer?

ÉL: Tu padre.

ELLA: ¿Y qué vas a hacer?

(Silencio. ELLA le interroga con la mirada, pero ÉL no responde.)

¿Me vas a castigar?

(Silencio.)

¿Me vas a mandar a la cama sin cenar?

(Silencio.)

ÉL: Lo que tenía que hacer ya lo he hecho.

ELLA: ¿Qué?

ÉL: Esas pastillas se toman con agua. Durante algo menos de una hora no he sentido nada que no sintiera también con una aspirina. Ahora, casi de improviso, me sumergiré en un sueño dulce, y luego... Se acabó. Sólo sé que no duele. Al menos eso dicen.

ELLA: No, no puede ser...

ÉL: Conozco bien a ese hombre. Es un cabrón del que no te puedes fiar, pero hace bien su trabajo.

ELLA: Así que, desde el principio...

ÉL: Cuando lleguen, me encontrarán muerto. Tienes tiempo para irte.

(ELLA vuelve a sentarse, derrotada.)

ELLA: Eres un canalla.

ÉL: Soy un hijo de puta.

ELLA: Vas a morir.

ÉL: Y no podrás evitarlo.

ELLA: Un médico. Un lavado de estómago.

ÉL: Es tarde. Harán efecto en pocos minutos.

(Silencio.)

Prométeme que vas a vivir.

ELLA: ¿Para qué?

ÉL: ¡Prométemelo!

ELLA: ¿Por qué tendría que hacerlo?

ÉL: Será mi manera de seguirte protegiendo.

(Silencio.)

Prométemelo. Por favor.

ELLA: Yo nunca hago trampas.

(ELLA le entrega las pastillas.)

ÉL: Gracias.

(Silencio.)

¿Por qué quieres morir?

ELLA: Es lo único que tengo claro en el mundo.

ÉL: ¿Por qué?

ELLA: Eres un canalla.

ÉL: ¿Por qué quieres morir, mi niña?

ELLA: Vas a dejarme sola. Totalmente sola. Ya no tendré a quién contarle lo que hago. Ya no tendré a quién insultar. No tendré nadie a quien echarle en cara todos mis fracasos.

ÉL: ¿Por qué? Quiero saber por qué antes de irme de aquí.

ELLA: Ya no tendré un testigo de todos mis pasos, ya no sabré que al menos existo para alguien. Me voy a quedar tan sola que me volveré invisible.

ÉL: Por favor, hija mía.

ELLA: ¿Y qué más te da? Es mi decisión.

ÉL: Dame una razón.

ELLA: ¿Más palabras todavía?

(Silencio.)

ÉL: Encontrarás a alguien. Encontrarás a alguien, mi niña.

ELLA: Eres un canalla.

ÉL: Serás feliz.

ELLA: Eres un hijo de puta.

ÉL: Me darás nietecitos.

ELLA: Te odio profundamente.

ÉL: Yo también te quiero, hija mía.

(Silencio.)

Vete de aquí.

ELLA: Quiero quedarme. Quiero ver cómo mueres. Quiero comprobar que no has hecho trampas.

ÉL: La policía está a punto de llegar. No quiero que te encuentren a mi lado y te impliquen.

ELLA: Me da lo mismo.

ÉL: Vamos, mi niña. Por favor. No quiero que veas cómo agonizo.

ELLA: Estaré aquí hasta el final. Nunca dejo un juego sin terminar.

ÉL: Me duele la cabeza.

ELLA: ¿Quieres una aspirina?

ÉL: No. Me dan tanta acidez que igual mañana no puedo levantarme.

(Se miran. ÉL ríe. Es una risa absurda y contagiosa. ELLA ríe también.)

ÉL: Es la primera vez que te veo reírte.

ELLA: Somos unos idiotas.

ÉL: Tienes una risa bonita.

ELLA: Vete a la mierda.

ÉL: No se parece a la risa de tu madre.

ELLA: No quiero hablar de mi madre.

ÉL: Tu risa se parece a la mía.

ELLA: No te hagas ilusiones.

ÉL: Ahí tienes tu herencia, hija mía. Un vaso de agua y una risa de idiota.

(Pausa.)

Vete de aquí.

ELLA: No quiero dejarte solo.

ÉL: No te metas en líos. Tienes que hacer tu vida.

ELLA: No me espera nadie en casa.

ÉL: Tu casa es Roma entera.

ELLA: Miro hacia el día de mañana y me siento ciega.

ÉL: Como todos, mi niña.

ELLA: ¿Qué sentido tiene...?

ÉL: Ninguno. La vida no es literatura.

ELLA: ¿No?

ÉL: No.

ELLA: Pues deja de comportarte como un personaje.

ÉL: ¿Qué?

ELLA: Deja de decir frases trascendentales en tu lecho de muerte. Como un personaje.

(Silencio. Inicia una breve risa. Crece. Carcajada amarga.)

ÉL: Mi niña...

ELLA: Qué.

ÉL: Tu memoria será mi única tumba.

ELLA: Lo sé.

ÉL: Déjame que te diga una cosa...

ELLA: Dime.

(ÉL no responde. ELLA le observa durante unos segundos. Le toma el pulso. No sin esfuerzo, lo tumba entre las dos sillas. Se va, y al poco tiempo vuelve con el manto que ÉL utilizaba para disfrazarse de Julio César y la falsa corona de laurel. Se aparta un poco. Saca una caja de cerillas. Fuego.)

(Oscuro.)